

Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies

Volume 23 *Motivos & estrategias: Estudios en honor del Dr. Ángel Berenguer*

Article 6

7-2009

El mundo como escenario

Francisco Bobillo

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Bobillo, Francisco. (2009) "El mundo como escenario," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 23, pp. 38-39.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

■ ¿Dónde y cómo conocí a Ángel Berenguer?

En 1979, en plena transición a la democracia, Raúl Morodo fue nombrado Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP). El partido UCD, presidido por Adolfo Suárez, estaba en el gobierno. Luis González Seara era Ministro de Universidades e Investigación. Comenzó entonces una etapa innovadora, muy imitada luego, de aquella añeja institución académica, iniciada durante la II República española e instalada en la que fuera residencia de verano de Alfonso XIII.

Con Morodo, el santanderino Palacio de la Magdalena acogió a muchas personas de diversos campos del conocimiento y la creación. También de todo el espectro ideológico y metodológico. La mayor parte nunca había estado antes en aquellos venerables salones, convertidos en aulas veraniegas.

Humanistas y científicos se entremezclaban allí con políticos, periodistas y creadores, en un ambiente despreocupado que facilitaba el encuentro y el diálogo. Ágora o Academia de la reciente democracia, la UIMP atrajo de inmediato a miles de estudiantes. Además de aprender cuestiones que no se trataban en otros ámbitos, podían acceder y hablar sin dificultad alguna con un nutrido elenco de protagonistas de la vida colectiva, en unos años decisivos para el devenir de España. Y no había exámenes.

La tolerancia y pluralismo de aquel ámbito era muy reveladora de lo que luego fue llamado “el espíritu de la transición”. También de la creatividad cultural de los primeros años ochenta. Como Secretario General, tuve la fortuna de acompañar al Rector Morodo en aquella intensa movida.

Entre aquellos profesores heterodoxos que llegaron a la Magdalena estaba Ángel Berenguer. Creo recordar que vino con otros colegas suyos, Julio Rodríguez Puértolas y Paco Caudet. Los tres habían sido profesores de literatura española en los Estados Unidos. Traían el proyecto de editar una revista. Fue bien acogido por el Rector. Bajo el nombre de “Nuevo Hispanismo”, publicamos cuatro o cinco números. Las portadas incluían bellos dibujos de prestigiosos pintores. Uno de ellos, Francisco Ferreras, instalado en Ibiza al igual que otros muchos artistas, se encargaba de aportarlos.

La inteligencia y vitalidad de Ángel, su cordialidad y cosmopolitismo, su imaginación, humor y sentido crítico, le dotaban de un gran atractivo: parecía un Orson Wells mediterráneo. Después de estudiar en Granada, Ángel había escrito su tesis doctoral en la Sorbona parisina. Desde entonces le acompañaba el halo antiautoritario que caracterizó el mayo del sesenta y ocho.

Después de aquellos iniciales encuentros santanderinos, continuó, de forma

intermitente, mi trato con Ángel, siempre disponible y entusiasta para cualquier empresa cultural innovadora. Su lucidez le permitía mirar con cierta distancia cómo la nueva sociedad disfrutaba las libertades, pero también se entregaba a Almodóvar o a Ferrán Adriá, a la banalidad y lo efímero, abandonando el espíritu crítico y toda utopía creadora.

Lo suyo, sin duda, era el teatro, vocación cultivada desde su juventud. Hasta tal punto el teatro debió de abducir a Ángel que siempre me ha dado la impresión de que el mundo era para él un gran escenario. Y así, la representación, sin ensayo previo, de otra escena de esa obra que es su vida, continuaba en cada nuevo encuentro, por más que hubieran pasado meses o años desde el anterior. En ese escenario, Ángel se encuentra cómodo y protegido para desplegar todo su encanto y todo su saber.

Los amigos, consciente o inconscientemente, somos sus actores y al tiempo su público. A veces, un guiño cómplice lo hace evidente. Ángel, al convertirnos en sus personajes, siempre nos ha divertido y nos ha hecho pensar. Por todo ello le debemos la gratitud que ahora expreso en estas líneas. Y un largo aplauso, en este entreacto que es su jubilación académica. Porque, como nos mostró Bob Fosse, el espectáculo continúa.